

SITUACION DEL TEOLOGO EN LA REALIDAD ECLESIAL VENEZOLANA

Pedro Trigo, sj

En Venezuela no existe una comunidad teológica ni algo que pueda llamarse un claustro de profesores en ninguno de los centros donde se imparte teología. Estos centros son seminarios mayores (demasiados y atendidos por personal muy escaso y completamente o casi completamente improvisado); el IUSI (Instituto Universitario Seminario Interdiocesano), afiliado a la Universidad Javeriana de Bogotá; el ITER (Instituto de Teología para Religiosos), agregado a la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, y un postgrado de dos años en la Universidad Católica Andrés Bello, que regentan los jesuitas en Caracas. Fuera de éste último, casi todo el alumnado estudia como un requisito para el sacerdocio. En el ITER están empezando a estudiar unas pocas religiosas y algún seglar. Los estudios del ITER están prácticamente reconocidos como licenciatura en Estudios Religiosos por la UCAB. Así pues hay muy pocos profesores, que enseñan en varios centros a un alumnado que no tiene por lo general grandes inquietudes teológicas. Es decir, que los profesores están muy sobrecargados y poco motivados al estudio y menos aún a la investigación y a la publicación. Además la institución eclesial venezolana, tanto secular como regular, apenas tiene conciencia de constituir una Iglesia local. Eso significa que ambientalmente la realidad de Venezuela (incluidas las dimensiones pastoral y espiritual) no es lugar teológico. Por tanto el papel de un teólogo en la expectativa vigente es poner al día muy someramente a los candidatos a la institución eclesial en lo que está establecido en otras partes para pastores, teniendo en cuenta que el nuestro es un contexto poco ilustrado; además de dar charlas ocasionales de formación permanente, sobre todo a la Vida Religiosa femenina; y glosar lo que propone el Vaticano o algún tema o documento que esté en el ambiente.

Esto significa que la necesidad de un pensamiento teológico es tan profunda que no existe demanda adquirida, ni siquiera entre quienes se dedican a la teología profesionalmente. Así pues, sólo teólogos de vocación podrán conservarse vivos en cuanto teólogos. Sin un empeño muy personalizado y en definitiva trascendente se acaba por dejar de pensar y se degenera a eco retardado y desvaído de lo que se dice en otras partes. Pero, incluso si se persiste en el empeño, es patente el peligro de no hacer una teología orgánica, entrañada en la realidad del país y de la Iglesia, sino elucubraciones ensimismadas y pintorescas o eclécticas, en todo caso carentes de esa consistencia que sólo le adviene a la teología de su religación a las fuentes cristianas y a la evangelización liberadora.

OBJETIVOS DE LOS TEOLOGOS QUE QUIERAN SERLO DESDE LA SITUACION

En estas circunstancias objetivos de los teólogos en Venezuela tendrían que ser:

- Formar una comunidad teológica que sea sujeto colectivo de reflexión
- Suscitar la formación de intelectuales cristianos para dialogar con la situación a través de ellos (aunque no, obviamente, de modo exclusivo)
- Ligarse orgánicamente a pobres con espíritu (que son el corazón de la Iglesia) para que, bebiendo de esa fuente, podamos hacer teología de peso, trascendente.

Formar parte de quienes optan por una pastoral realmente abierta y horizontal para poder hacer su teoría.

Colaborar desde dentro con la institución eclesiástica para que nos vayamos constituyendo en Iglesia local.

Desarrollemos sucintamente lo que implica cada uno de estos objetivos.

CONSTITUIR UNA COMUNIDAD TEOLOGICA

Escasamente existirán en el país veinte doctores en teología en activo. Hay quienes sacaron el título como requisito para su carrera eclesiástica y no han vuelto a estudiar ni a pensar con su propia cabeza y otros fueron dedicados por sus superiores a otras tareas. Hay unos diez preparando el doctorado y de ellos bastantes se espera que ejercerán de teólogos. Habrá casi cuarenta licenciados dedicados a tareas docentes y a asesorías pastorales. Si fuéramos capaces de convocarnos, llegaríamos a veinte los interesados en estudiar, en pensar como

teólogos venezolanos, en dialogar y en escribir. Actualmente justo lo logramos reunirnos habitualmente alrededor de siete. Además de la dificultad realísima de la sobrecarga horaria, nos sentimos alejados vitalmente y no existe alguien (persona o institución) con autoridad para convocar.

Es pensable que si le jerarquía o la Vida Religiosa organizada dieran tareas concretas a la comunidad teológica, ésta empezaría a existir al ocuparse de ellas mancomunadamente. Pero no es pensable que esto suceda de un modo estable y orgánico y tal vez no llegue a darse ni siquiera coyunturalmente. Se podría pensar en alguna iniciativa de las dos o tres instituciones que dan teología de modo más o menos universitario. Pero de hecho los profesores son casi los mismos (los del ITER) y es de temer que la intervención oficial del USI quitaría bastante libertad académica.

COLABORAR CON LA INSTITUCION ECLESIASTICA

La eclesialidad le adviene primariamente a nuestra teología de la pertenencia a la Iglesia de los pobres porque el llevarnos mutuamente (en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana) se cualifica evangélicamente cuando esa comunión está estructuralmente abierta a los pobres, en el doble sentido de la solidaridad con ellos y de que los pobres con espíritu formen parte significativa de ella. Sin embargo esta primera eclesialidad, con ser la decisiva, no es suficiente. Nuestra teología precisa también de la segunda eclesialidad, que consiste en que se ejercite como un servicio a la institución eclesiástica practicado de un modo tan verdadero y transparente que pueda ser razonablemente percibido así por ella. Eso significa que ella no puede ser sólo destinatario de nuestra teología sino un polo de referencia intersubjetivo, dialógico.

Esto no siempre es fácil, no sólo porque a veces hay diferencias no leves de perspectiva y de criterios (sobre todo con algunos) sino principalmente porque, como apuntábamos, no existe en nuestra Iglesia una demanda de la función teológica. Como el país no es tenido como un lugar teológico, como no hay conciencia de Iglesia local, la pastoral es prevalentemente deductiva: aplicación de directrices foráneas, puesta en práctica de un paquete completo que llega a nuestra Iglesia con todos los insumos listos para su implementación. Para charlas de aplicación práctica no resulta funcional un teólogo, que puede interrogarse sobre el paquete y complicar las cosas. Si lo que se busca no es entender ni fundamentar ni discernir sino aplicar de la manera más sencilla posible lo que nos llega de afuera, la función del teólogo

resulta molesta, es vista como entorpecedora. El teólogo es percibido como un mal necesario: son indispensables para la formación; pero deben restringirse a su campo y ejercerlo como la transmisión no deliberante de lo recibido.

Gracias a Dios no todos los responsables lo ven así y por eso existen puentes y estímulos. Pero ésta es la situación prevalente. Tenemos que aceptarla como punto de partida. Es decir aceptarnos en esta Iglesia y no despreciar a nadie. Pero es una falta de respeto dejar por imposible a la institución eclesiástica de la que formamos parte. Tenemos que darle qué pensar, presentando hipótesis y elaborando propuestas sobre los distintos aspectos de la marcha normal de la Iglesia, sobre los acontecimientos que sobrevengan y sobre el horizonte en el que se inscribe nuestra vida cristiana. Todo, en orden a constituirnos en una Iglesia local.

Si prescindimos de esta ubicación eclesial nos podemos sentir de momento más libres y desembarazados. Pero probablemente será una falta de ataduras que acarreará también una falta de densidad. Es muy probable que nos centremos en nuestros impulsos y los trascendentalicemos. Nuestra teología está llamada, por el contrario, a ser una teología en contexto. Tenerlo en cuenta no es lo mismo que confinarse en él. La situación debe ser asumida, no en sus peculiaridades más externas y pintorescas, es decir como folklore, sino como concreción. La situación es lo particular que, asumido hasta llegar a las raíces y tomando en cuenta todas las conexiones, anuda con la realidad y recibe su peso y su universalidad. Entendida de ese modo, no hay peligro de enclaustramiento. Por el contrario es el único camino de universalidad concreta. De ese modo nos encontraremos como latinoamericanos y asumiremos sin complejos la época que nos tocó vivir.

Actualmente está en marcha un seminario interno del ITER; pero, a pesar de que las discusiones son vivas y provechosas, no sé si se mantendrá, es decir si contará con un número mínimo que lo haga estable y representativo. El objetivo del seminario es convertir los temas del ciclo institucional en cuestiones.

En el país existen dos revistas de teología: la del ITER y la del IUSI, ambas semestrales y con 17 y 18 entregas respectivamente. La del IUSI es de corte más institucionalista: Enfoca cuestiones de actualidad, pero haciendo hincapié en las eclesiásticas y apoyándose abrumadoramente en documentos oficiales, de modo que el talante es más bien deductivo o de aplicación de doctrinas. Sin embargo no faltan artículos que plantean un diálogo más abierto con la situación de la Iglesia y la cultura actuales. Bastantes números recogen los

materiales de jornadas de teología o seminarios en torno a algún tema particular. La del ITER es de reflexión sobre temas que se juzga de actualidad desde una perspectiva conciliar y latinoamericana. Un número anual, monográfico, recoge las ponencias y comunicaciones de una semana de reflexión que organizan conjuntamente con la UCAB. Analizando ambas revistas en conjunto habría que señalar que no son muchas las firmas. A este nivel la producción teológica es francamente escasa y de poca difusión. Son escasísimos los que publican en revistas del exterior.

Ambas instituciones publican esporádicamente libros, generalmente colectivos. Los individuales son en su mayoría tesis, alguna muy notable. Algunos teólogos publican libros fuera de Venezuela.

Con todo lo dicho que da claro que el mayor impulso para la reflexión teológica en Venezuela le tiene que venir al teólogo de él mismo. Mientras eso se mantenga así el ejercicio teológico será un oficio marginal y la existencia teológica será un caso excepcional y en cierto modo heroico o dicho cristianamente marcadamente vocacional y carismático. Esta tenacidad creativa no se puede pedir a todos.

Esto es muy negativo para nuestra Iglesia. Por eso es responsabilidad de los teólogos defender su vocación y cultivarla a como dé lugar. Esto requiere no aceptar tantas clases que no quede tiempo para leer, reflexionar, escribir y para una pastoral creativa. Es decir, que hay que defender denodadamente un tiempo regular (de modo que se constituya en tiempo psicológico, en dimensión de la existencia), tanto para un ejercicio profesional competente como para anudar de un modo orgánico con lo más vivo de nuestra Iglesia y con el contexto social en el que vivimos. No es fácil perseverar en el intento sin el contacto con otros colegas, sin la posibilidad de conversar sobre lo que preocupa y se trae entre manos así como también sobre la literatura que va saliendo. Demás está decir que en esta situación el contacto orgánico latinoamericano es una referencia ineludible que deberíamos institucionalizar.

SUSCITAR LA FORMACION DE INTELLECTUALES CRISTIANOS

En Venezuela no existen intelectuales cristianos, por lo que el diálogo con la cultura occidental mundializada en sus diversas versiones y dimensiones es un diálogo en cierto modo exterior. Lo es en cuanto que esta cultura (a diferencia de la de la época recién pasada) no nació en América Latina ni tiene raíces o influencias cristianas y ni América Latina ni el cristianismo son

todavía sujetos de ella. No es fácil comprenderla en sus elementos constitutivos, en sus sujetos específicos, en el paradigma tecnológico subyacente, en su dinámica y en sus posibilidades. Sin comprenderla no es posible discernirla ni plantear alternativas que la superen desde la asunción de los bienes civilizatorios que aporta y sus elementos culturales humanizantes.

Es claro que los intelectuales cristianos serían los mediadores natos en esta tarea. No existen significativamente porque la institución eclesiástica no propició su existencia ni les dio lugar. Primero por su carácter fundamentalista que excluía un diálogo con el mundo moderno. Luego por su configuración como las instituciones criollas del establecimiento que derivó hacia relaciones clientelares que no entrañaban una verdadera encarnación ni por tanto la necesidad de entender para transformarse y transformar. Por su parte la educación católica tuvo como objetivos la modernización adaptativa (ponerse al día con la pedagogía del momento) y en ella el cultivo de la honradez privada y profesional, la excelencia y la generosidad con los necesitados. Pero no fomentó ni la mística (en el sentido preciso de relaciones cada vez más hondas y personalizadas con la comunidad divina) ni la teología (el conocimiento fundamentado y sistemático del cristianismo). Por eso los egresados asumieron el cristianismo como motivación para vivir de un determinado modo, pero no como una religión personal y razonada que les capacitara para establecer un diálogo interno con su profesión y con su responsabilidad en la sociedad.

No nos podemos resignar a esa situación. Pero no es posible dialogar teológicamente respecto de la cultura actual con especialistas que se profesan cristianos, si ellos carecen de los conocimientos más elementales del cristianismo, aun suponiendo que estén animados por un genuino espíritu cristiano. Es imprescindible un proceso de iniciación tanto a nivel espiritual como de formación básica. Este último sería el objetivo del postgrado en teología de la UCAB; pero, al no existir ambientalmente esas dimensiones, apenas se echan en falta. No es fácil en estas circunstancias inducir una demanda sólida. Se puede decir que habría que ir uno a uno. Y para eso se necesita no sólo tiempo sino estar en esos ambientes de un modo solvente de manera que se sientan al menos mínimamente comprendidos. Desde el punto de partida en el que estamos esto no es fácil: requiere ponerse al día, al menos en los elementos básicos; y para eso se necesita una apertura y un interés muy genuinos, además de tiempo.

Las dificultades no nos pueden echar para atrás de modo que prescindamos

de los intelectuales cristianos y tratemos de suplirlos hasta donde lleguemos. Tenemos que convencernos de que ése no es el camino. Tenemos que suscitar esas vocaciones en nuestra Iglesia. Si no, no saldremos nunca del ámbito clerical.

Estamos recién viendo el problema. Pero todavía no lo hemos encarado estructuralmente. No más lo estamos conversando con cristianos comprometidos y buenos intelectuales, que sí perciben la brecha entre su formación profesional y su vocación cristiana, así como la necesidad de avanzar en la transformación personal para devenir integralmente cristianos. Tenemos el grave peligro de requerirlos, como antes, para colaborar o dirigir obras según su especialidad, pero no para que ellos lleguen a desear ser intelectuales cristianos como vocación suya, y de hecho lo vayan siendo.

Esto no nos exime de dialogar con especialistas en las diversas materias. Esto ya lo venimos haciendo y bastante satisfactoriamente. Pero en el diálogo, al no existir el punto medio del cristianismo, no puede llegarse obviamente al plano teológico. Esa es una labor que tenemos que hacer luego nosotros con esos insumos. Creo que podemos decir con sinceridad que así lo hacemos y que estamos teniendo en cuenta con mucha honradez esos planteamientos. Pero no podemos dejar de aspirar a que intelectuales cristianos puedan establecer en ellos mismos ese diálogo interno y conversar sobre sus inquietudes y discernimientos.

LIGARSE A POBRES CON ESPIRITU

No hace falta insistir en que la opción por los pobres, que es el aporte más genuino y trascendente de la teología latinoamericana a la Iglesia universal, es hoy más necesaria que cuando se formuló en Puebla hace veinte años y mucho más que cuando hace treinta años se planteó de modo estructural en Medellín. En esta nueva época del Occidente mundializado los pobres sólo existen como proletariado externo (Toymbee), excluido y aplastado contra el suelo. Los pobres del mundo no son tu tú para esta figura histórica. No son sujetos de derecho porque no son humanos al carecer de productividad y por tanto de presencia en el mercado. Ante este estado de cosas tenemos que proclamar no sólo que para Dios sí existen y tienen dignidad sino que él los ama preferencialmente y tiene fe en ellos. Por tanto no se es cristiano si no se participa de esta opción de Dios. El evangelio a los pobres es hoy el punto en el que el cristianismo falla y se vacía o se mantiene y es fecundo. Este evangelio no está predicado así en nuestras Iglesias. Es función del teólogo hacer ver su

centralidad y su carácter de crisis, de juicio que remece para salvar o que endurece al resistirse a él.

Pero, con ser tan importante, lo dicho no es lo más hondo para la teología latinoamericana. Hay que empezar por esto, que es objetivo, porque es también un requerimiento que se hace a nuestra teología y al que ella debe responder no ideológica sino realmente. Lo que exige verdad y creatividad. Si pasamos por esta puerta, es decir se aceptamos como cristianos y teólogos el evangelio de los pobres y nos hacemos portadores e intérpretes de él, el resultado será que por un lado concitaremos la conversión y solidaridad de no pobres, y que por otro estimularemos la existencia de pobres con espíritu. En efecto, no serán pocos los pobres que den fe a este evangelio y saliendo de su postración y convirtiéndose de sus pecados abran su corazón a ese Dios que en Jesús quiere reinar en ellos. Estos pobres con espíritu son el corazón de la Iglesia. A través de ellos podrá la Iglesia estructurarse como Iglesia de los pobres para ser así realmente para todos.

Como teólogos tenemos que participar de este acontecimiento. Esto significa que tenemos que ser amigos de estos pobres con espíritu y en cierto modo discípulos suyos para que nuestra teología tenga peso, esté centrada en lo medular y trascienda. Estos pobres con espíritu no nos proporcionan sólo material (nos dan qué pensar) y estímulo (nos dan que pensar); nos brindan más aún orientaciones básicas, actitudes de fondo y hasta formulaciones precisas. Incluso creo que a algunos se les puede considerar, en su cultura, como verdaderos intelectuales cristianos porque poseen su cultura (por ejemplo suburbana) y han bebido larga y articuladamente de las fuentes cristianas y viven en diálogo permanente entre su dimensión cultural y su ser cristiano. Creo que si las CEBs son lo que dicen ser y los teólogos participamos en ellas, este diálogo está llamado a alcanzar niveles bastante orgánicos; aunque obviamente la discusión muy tematizada que esto requiere sólo será de una minoría de estos pobres con espíritu, pero una minoría representativa de este modo de vivir el cristianismo y de pensar esta vivencia, y significativa para la generalidad de nuestras Iglesias y en particular para los teólogos.

Sin esta relación estructural es difícil que tengamos consistencia suficiente para situarnos en la época que nos toca vivir. Esta relación nos brinda no sólo una perspectiva concreta sino más aún un peso de realidad sin el que no es fácil conservar la libertad espiritual en una situación tan contundente y en cierto modo compulsiva y menos aún orientarse de una manera concreta y fecunda para que la libertad no degenera en mera resistencia cerril.

PARTICIPAR DE LA PASTORAL

Si el ejercicio teológico es acto segundo eso significa que el teólogo debe practicar ante todo el acto primero. No basta con que haya quien lo practique. No será para el teólogo acto segundo si él mismo no pone también el acto primero. Para nuestra teología latinoamericana el acto primero es la contemplación, el cara a cara con los pobres en su mundo y la pastoral liberadora. Estos son los trascendentales de la Teología de la Liberación. Ellos dan la medida de la trascendencia de esta teología, si ella es capaz de trasuntarlos, lo que depende de la capacidad profesional del teólogo.

Este planteamiento propone casi una aporía: El ejercicio del acto primero ¿deja espacio para el acto segundo? Hemos insistido que un teólogo dedicado profesionalmente a la elaboración teológica no es una posibilidad que ofrece nuestra Iglesia sino que es el propio teólogo el que tiene que abrir con su práctica ese campo de posibilidad, que no es hoy por hoy una dimensión establecida y reconocida. Esta tarea se puede decir que pide el hombre entero. En estas circunstancias ¿queda margen real para pertenecer a la Iglesia de los pobres, para abrirse a esta figura histórica y dialogar honrada y responsablemente con ella, y para insertarse orgánicamente en la pastoral de modo que la teología sea su teoría?

Tratemos de sopesar la cuestión para responder realmente. Primero hay que asentar que a todos los seres humanos que quieran vivir una existencia adulta en nuestros países se nos plantea el problema de comprender esta figura histórica que nos sobrevino casi de golpe, para situarnos en ella no de un modo reactivo o adaptativo sino libre y responsable. Este esfuerzo nos incumbe a cada ciudadano, a cada institución, a cada profesión, a cada grupo humano. Es un trabajo muy arduo, pero ineludible, si no queremos ser dejados de lado o arrastrados a la fuerza. El problema es que nadie puede poner entre paréntesis lo que tiene entre manos para hacerse cargo de esta figura histórica. Por el contrario, tiene que darse una interacción dinámica entre lo que hacemos y el nuevo paradigma tecnológico que es también imaginario social.

Formar parte de la Iglesia de los pobres, por su parte, no debe ser concebido como un requerimiento pastoral sino como una situación vital. Tiene que ver con la configuración de nuestro mundo de vida y por tanto con la perspectiva desde la que nos situamos en la realidad. No existe un lugar neutro o ningún lugar. Así pues en este caso se trata de una situación desde la que encaramos esta figura histórica, pero antes que eso la vida y muy precisamente nuestro proceso de iniciación en el misterio cristiano. Así pues no estamos hablando

ante todo de una tarea sino de una situación social, espiritual y epistemológica. Alguna hay que tener. Nosotros proponemos ésta concreta, que no totaliza sin embargo nuestra situación, porque también participamos de una congregación religiosa y de un medio intelectual, pero que sí la colorea.

La participación en una pastoral desde la perspectiva de los pobres (sea o no en ese ambiente) y con un talante abierto y horizontal sí es una tarea. Para el teólogo debe ser secundaria a nivel de tiempo y dedicación; pero a nivel de su existencia cristiana debe tener gran relieve, lo que significa que se debe hacer con toda el alma, es decir no como aplicación de la propia teología sino poniendo en juego lo que uno es y a la medida del don recibido, y a la vez dejándose afectar por ella, porque los destinatarios son también sujetos que tienen el mismo Espíritu que uno y por tanto la misma dignidad, aunque con otros dones. Para que el teólogo, disponiendo de poco tiempo, pueda realizar una pastoral realmente trascendente, necesita estar ligado a un sujeto orgánico. Sólo insertándose en él podrá llegar a este nivel cualitativo. Si no, es casi inevitable que su pastoral sea elemental, poco dialógica y articulada; no, pues, trascendente sino superficial, aunque le produzca satisfacción por estar centrada en él como sujeto. Así pues el teólogo no puede ser un pionero en pastoral ni un francotirador; pero si se integra en un núcleo denso y coherente sí podrá dar su aporte cualitativo y al vez recibir toda la densidad de aquello en lo que participa. Así será posible que en poco tiempo, pero articulado, reciba una fuerte iluminación para su ejercicio teológico.

COLABORAR CON LA INSTITUCION ECLESIASTICA

La eclesialidad le adviene primariamente a nuestra teología de la pertenencia a la Iglesia de los pobres porque el llevarnos mutuamente (en la fe, en el amor fraterno y en la vida cristiana) se cualifica evangélicamente cuando esa comunión está estructuralmente abierta a los pobres, en el doble sentido de la solidaridad con ellos y de que los pobres con espíritu formen parte significativa de ella. Sin embargo esta primera eclesialidad, con ser la decisiva, no es suficiente. Nuestra teología precisa también de la segunda eclesialidad, que consiste en que se ejercite como un servicio a la institución eclesíástica practicado de un modo tan verdadero y transparente que pueda ser razonablemente percibido así por ella. Eso significa que ella no puede ser sólo destinatario de nuestra teología sino un polo de referencia intersubjetivo, dialógico.

Esto no siempre es fácil, no sólo porque a veces hay diferencias no leves de perspectiva y de criterios (sobre todo con algunos) sino principalmente

porque, como apuntábamos, no existe en nuestra Iglesia una demanda de la función teológica. Como el país no es tenido como un lugar teológico, como apenas hay conciencia de Iglesia local, la pastoral es prevalentemente deductiva: aplicación de directrices foráneas, puesta en práctica de un paquete completo que llega a nuestra Iglesia con todos los insumos listos para su implementación. Para charlas de aplicación práctica no resulta funcional un teólogo, que puede interrogarse sobre el paquete y complicar las cosas. Si lo que se busca no es entender ni fundamentar ni discernir, sino aplicar de la manera más sencilla posible lo que nos llega de afuera, la función del teólogo resulta molesta, es vista como entorpecedora. El teólogo es percibido como un mal necesario: son indispensables para la formación; pero deben restringirse a su campo y ejercerlo como la transmisión no deliberante de lo recibido.

Gracias a Dios no todos los responsables lo ven así y por eso existen puentes y estímulos. Pero ésta es la situación prevalente. Tenemos que aceptarla como punto de partida. Es decir aceptarnos en esta Iglesia y no despreciar a nadie. Pero es una falta de respeto dejar por imposible a la institución eclesial de la que formamos parte. Tenemos que darle qué pensar, presentando hipótesis y elaborando propuestas sobre los distintos aspectos de la marcha normal de la Iglesia, sobre los acontecimientos que sobrevengan y sobre el horizonte en el que se inscribe nuestra vida cristiana. Todo, en orden a constituirnos en una Iglesia local.

Si prescindimos de esta ubicación eclesial nos podemos sentir de momento más libres y desembarazados. Pero probablemente será una falta de ataduras que acarreará también una falta de densidad. Es muy probable que nos centremos en nuestros impulsos y los trascendentalicemos. Nuestra teología está llamada, por el contrario, a ser una teología en contexto. Tenerlo en cuenta no es lo mismo que confinarse en él. La situación debe ser asumida, no en sus peculiaridades más externas y pintorescas, es decir como folklore, sino como concreción. La situación es lo particular que, asumido hasta llegar a las raíces y tomando en cuenta todas las conexiones, anuda con la realidad y recibe su peso y su universalidad. Entendida de ese modo, no hay peligro de enclaustramiento. Por el contrario es el único camino de universalidad concreta. De ese modo nos encontraremos como latinoamericanos y asumiremos sin complejos la época que nos tocó vivir.